

Los Estados Unidos y la guerra mexicana de Independencia

Presentación

Don Manuel Alcalá Anaya falleció el 7 de octubre de 1999 y, dada la situación por la que atravesaba la Universidad en esos días, la noticia pasó, en cierta forma, inadvertida. Con la publicación de este trabajo hacemos un respetuoso homenaje a quien fue director de la Biblioteca Nacional de México de septiembre de 1956 a abril de 1965. La ocasión nos la brindó un hallazgo del señor Liborio Villagómez, jefe del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, quien encontró la tesis de bachiller de don Manuel Alcalá titulada *Los Estados Unidos y la guerra mexicana de Independencia*, que se edita en este número del *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, órgano de difusión de este Instituto que recoge la tradición de su antecesor *Boletín de la Biblioteca Nacional*, impulsado con determinación y ahínco en su momento por el mismo don Manuel.

La tesis, fechada en México, DF, el 24 de enero de 1936, fue presentada en la Escuela Nacional Preparatoria Nocturna, y se trata de un trabajo que vale la pena dar a conocer porque, de acuerdo con Álvaro Matute, refleja el momento en que fue escrito y la forma en que, desde el horizonte de los años treinta del siglo xx, un joven de 21 años hace un manejo muy actualizado de las fuentes históricas y autores que entonces se encontraban disponibles, como Carlos Pereyra, Victoria-no Salado Álvarez, Lucas Alamán y Julio Zárata, entre otros.



Manuel Alcalá Anaya (1915-1999)

Hombre de letras, humanista y diplomático, nació en esta ciudad de México el 19 de noviembre de 1915, en días de la Revolución. Maestro en letras *magna cum laude* (1944) y doctor en letras *cum laude* (1948) por la UNAM, recibió el doctorado *honoris causa* por parte de la Universidad Nacional de Asunción (1974). Ejerció el magisterio durante casi un cuarto de siglo (1940-1964) y fue consejero y miembro del Consejo Técnico de Humanidades de la UNAM (1956-1965) y del Pleno del Consejo Nacional Consultivo del Gobierno de México ante la UNESCO (1961-1964); poco después fue nombrado embajador ante ese organismo internacional (1965-1970) y más tarde desempeñó el mismo cargo en Paraguay (1971-1974) y en Finlandia (1978-1983).

Como funcionario fue director general de Archivo, Biblioteca y Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores (1974) y aceptó el cargo de vicepresidente de la Federación Internacional de Documentación (Comisión Latinoamericana), con sede en Río de Janeiro (1962-1964). Fue miembro de número de la Academia

Mexicana, electo el 28 de julio de 1961, y el 30 de agosto de 1962 leyó su discurso de ingreso "El cervantismo de Alfonso Reyes",¹ que fue contestado por el doctor Francisco Monterde. Fungió como Correspondiente de la Academia Paraguaya (1975) y de la Academia Norteamericana (1991).

Entre sus obras destacan *Del virgilianismo de Garcilaso de la Vega, César y Cortés* y *Tras la huella de Cervantes*. Escribió un prólogo "erudito y disfrutable" para *La Odisea* de Homero que, de acuerdo con Juan Carvajal, es un "depurado texto que acompaña a la obra homérica [y que] es ya desde hace tiempo un clásico de nuestra filología helenística".² Prologó las *Cartas de relación* de Hernán Cortés y redactó la introducción a la *Utopía* de Tomás Moro y una nota preliminar a los *Tres estudios sobre don José María Morelos y Pavón*, así como la presentación de la obra *México a través de los informes presidenciales*. Publicó numerosos artículos y ensayos en periódicos y revistas de México, los Estados Unidos, España, Paraguay y Finlandia: *Tierra Nueva, Filosofía y Letras, Cuadernos Americanos, Cuadernos Hispanoamericanos, Ínsula, Et Caetera, Diálogos de Asunción* e *Hispanic Review*.

En calidad de director de la Biblioteca Nacional de México se interesó por la restauración de su edificio y reorganizó el acervo, para ponerla nuevamente en servicio el 2 de agosto de 1963, durante la presidencia de Adolfo López Mateos. Fundó en 1959 el Departamento Tiflológico, primero en su tipo en Latinoamérica, y creó también un laboratorio de fotoduplicación, cuyos servicios eran entonces de máxima utilidad tanto en el país como en el extranjero. En ese mismo año destaca el restablecimiento del Instituto Bibliográfico Mexicano,

¹ Escritor con quien por cierto mantuvo relaciones estrechas. El discurso fue publicado por la UNAM en 1964, luego apareció en las *Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española* (t. xviii, 1967) y en 1997 fue editado nuevamente por la Coordinación de Humanidades de la UNAM.

² Juan Carvajal, "Manuel Alcalá (1915-1999)", en *Nueva Gaceta Bibliográfica del* no. Año 2, núms. 2, 3 y 4, abr.-dic. 1999, p. 1-2.

creado en 1899, y que desapareció en 1908 por diversos motivos. En los años de la gestión del doctor Alcalá se ratificó el decreto que dispone que todos los autores e impresores del país envíen dos ejemplares de sus obras a la Biblioteca Nacional, se publicaron gran cantidad de obras valiosas relacionadas con la investigación bibliográfica, y se editó regularmente el *Boletín de la Biblioteca Nacional*, bajo la responsabilidad de David N. Arce y José Ignacio Mantecón Navasal. Al ser designado embajador plenipotenciario de México ante la UNESCO en 1965, el doctor Alcalá dejó la Biblioteca Nacional de México a cargo del señor Guillermo S. Fernández de Recas.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA NOCTURNA

LOS ESTADOS UNIDOS Y LA GUERRA MEXICANA DE
INDEPENDENCIA.

Tesis presentada por el alumno
Manuel Alcalá Anaya.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO.

México, D. F.
MCMXXCVI

*A la memoria
de mi padre;
a mi madre*

Bien poca cosa puede salir de la pobre pluma de un bachiller de estos menguados tiempos, pues, a la natural torpeza de los pocos años se une la falta de una preparación sólida, debida entre otras muchas causas al hurto que se hace a las horas de estudio para dedicarlas a ganar el pan de cada día.

Cuando vemos los conocimientos y las sólidas convicciones de nuestros bachilleres de la Real y Pontificia Universidad como los de un Sigüenza y Góngora, o los de los tres Plaza, sus cronistas, sentimos más la superficialidad de nuestros bachilleres de hogaño, ayunos de convicciones y de imágenes claras en sus conocimientos. Pero esto es producto de una época en que —Berdiaeff lo dice— el hombre vive desconcertado al haberse alejado de su centro de gravedad, que era Dios. Es producto de una época en que son pocos los espíritus que han encontrado el Norte y en que la mayoría se contenta con superficialidades, suplantando los valores más altos por los valores dinero y bienestar material.

Por eso es que nos atrevemos a mostrar nuestra insignificancia, creyendo que, mientras menor sea el número de espíritus selectos, menos se notará nuestra estulti-

cia entre el vulgo —que tan vulgo son los descendientes de Monipodio y compañía, como los sabidillos discípulos de Fray Gerundio.

Juan Montalvo nos dice que el toque de una obra está en el éxito, pues siendo éste bueno, el autor es un héroe y siendo malo, un necio; y, aunque esta mezquina tesis no puede considerarse como una obra, la aseveración nos anima para malabordar el tema y cesar de poner torpes excusas a nuestra impericia.

El incauto lector que tenga el valor de aventurarse por la desgarrada prosa de estas líneas, verá que los hechos comprendidos bajo el título *Los Estados Unidos y la guerra mexicana de Independencia* se reducen, en último término, a los siguientes:

La esperanza de los insurgentes de obtener alguna ayuda de los Estados Unidos y las diversas tentativas para alcanzarla; el deseo de los Estados Unidos de ver realizada la independencia de las colonias españolas de América. Deseo proveniente del natural y legítimo sentimiento, en ellos, de formar una grupo de naciones a su semejanza, y cuya cabeza habían de pasar a ser, para mantenerse en una esfera completamente separada de los vaivenes de la política europea, y, por fin, de la acción de individuos que, por espíritu de aventura o de lucro o por verdadero idealismo, se vieron mezclados en los hechos de esta historia.

El sentimiento por parte de los Estados Unidos está sostenido también por una tendencia imperialista que se remonta hasta los primeros pasos de su vida independiente y que se expresa, muy disfrazado, en estas palabras de Monroe al Congreso:

... El movimiento revolucionario de las provincias españolas de este Hemisferio atrajo la atención y mereció la simpatía de nuestros conciudadanos desde un principio. Este sentimiento era natural y honroso en ellos, por causas que no necesitan que os sean recordadas. Ha sido satis-

factorio para todos el general beneplácito que se ha manifestado en relación con la política que las autoridades constituidas han creído conveniente seguir respecto de esta contienda.¹

Dijimos que con su independencia aparece casi simultáneamente el sentimiento imperialista de los Estados Unidos. En efecto, por lo que hacia México toca, ya desde 1787, Jefferson, que preveía la posibilidad de independencia para toda la América, temió que las posesiones españolas se separaran de la metrópoli "antes que los Estados Unidos estuvieran preparados para ellas." El mismo Jefferson, a fines de 1801, creyendo en la posibilidad de la expansión americana hasta el Istmo, escribía a Monroe: "... No obstante que nuestra presente situación nos obligue a mantenernos dentro de nuestros límites, no podemos dejar de ver hacia el futuro, cuando nuestro rápido crecimiento se extienda más allá de estos límites y cubra todo el Norte, si no es que también el Sur del Continente...". Al mismo tiempo, el doctor William Thornton, que ejerció una influencia considerable sobre Monroe y Madison, sostenía la idea de extender el sistema republicano a toda la América, bajo trece diferentes provincias unidas por un gobierno central en el Istmo, cerca de Panamá, donde se construiría una gran ciudad, América, conectada con ambos océanos por sendos canales, y desde la cual se calcularían todas las longitudes. En septiembre de 1806, el general James Wilkinson —"el más vil de los hombres que han vestido uniforme"— escribía a John Smith sobre sus planes de pasar el río Sabinas con sus tropas y llegar hasta "Mountel Ray," pensando que con veinte o treinta mil hombres más llevaría la conquista hasta el Darién.²

¹ Mensaje del presidente Monroe al Congreso, el 8 de marzo de 1822. *Diplomatic Correspondence of the United States Concerning the Independence of the Latin-American Nations*, t. 1, p. 146.

² James Morton Callahan, *American Foreign Policy in Mexican Relations*, p. 1-6.

En una carta dirigida al virrey de la Nueva España por don Luis de Onís, ministro español en Estados Unidos, se le dice que el propósito de la vecina república era nada menos que el de fijar sus límites en la desembocadura del río Bravo —Onís escribía el 10. de abril de 1812—, siguiendo hasta el grado 31 y de ahí tirando una línea recta hasta el Pacífico, y que para el efecto se había levantado un plano de las provincias de Texas, Nueva Santander, Nuevo México, Coahuila y Sonora, incluyendo también la isla de Cuba como pertenencia natural de esa república.³

Ya se percataban bien los Estados Unidos, a principios de 1810, de los disturbios y cambios de que iba a ser teatro la América Española. El 2 de febrero de ese año, Onís informaba al capitán general de la provincia de Caracas acerca de las insinuaciones hechas por el gobierno norteamericano a José de González, ex gobernador de Puno y a la sazón en Filadelfia, para que fuese a México y demás colonias españolas y las indujese a unirse a los Estados Unidos.⁴ El 16 de junio, Robert Smith, secretario de Estado, comisiona a William Shaler como agente para la navegación y el comercio en el puerto de Veracruz. El nombramiento de Shaler se anticipó tres meses al principio de la insurrección, y, como ésta nunca llegó a Veracruz, Shaler no tomó posesión de su cargo. La designación de Shaler estaba comprendida con la de otros agentes a las demás provincias de la América Española.⁵

Nunca tuvimos entre nuestros insurgentes genios de una amplia visión universal, como un Miranda o un Bolívar, pero no obstante la mentalidad provinciana de los iniciadores de la independencia, en lo tocante a cuestiones internacionales, al iniciarse ésta pusieron desde luego sus miradas en algún socorro que pudiera venir del exterior, principalmente de Estados Unidos, pues "era

³ Lucas Alamán, *Historia de Méjico (1849-1852)*, t. III, Apéndice, p. 46.

⁴ *American State Papers, Foreign Relations*, t. III, p. 404.

⁵ Callahan, *op. cit.*, p. 7.

opinión general entre los mexicanos al principio de la revolución —nos dice Alamán— y lo fue por muchos años después, hasta que tristes desengaños la han hecho variar, que los Estados Unidos de América eran el aliado natural de su país, y que en ellos había de encontrar el más firme apoyo y el amigo más sincero y desinteresado, y fue por tanto a donde Hidalgo trató de dirigirse desde luego". Nombró, en consecuencia, a don Pascacio Ortiz de Letona para que fuera a Estados Unidos "a ajustar y arreglar una alianza ofensiva y defensiva, tratados de comercio útil y lucroso para ambas naciones y cuanto más conviniese a la felicidad de ambas". Confiósele poder amplísimo el 13 de diciembre de 1810, en un documento curioso, firmado por Hidalgo, "generalísimo de América", Allende, "capitán general de América", los ministros y la Audiencia de Guadalajara. A manera de exordio se hace, en dicho nombramiento, una breve protesta contra "el servil yugo y tiránica sujeción en que han permanecido estos feraces Estados el dilatado espacio de cerca de tres siglos", para después llegar al porqué del nombramiento de Letona como "plenipotenciario y embajador cerca del Supremo Congreso de los Estados Unidos de América", mostrando así las ideas que Hidalgo y sus ministros tenían sobre la diplomacia y las cuestiones protocolarias. Letona no llegó a salir del país, pues fue apresado por el justicia del pueblo de Morlango, en la Huasteca, y remitido a México, pero temeroso de la suerte que le esperaba se suicidó en el camino.⁶

La llama de la revolución que con tanto brío estallara en septiembre del año anterior, parece que está a punto de extinguirse. Los caudillos se retiran hacia el Norte y, uno de ellos, Allende, piensa pasar a los Estados Unidos. ¿El motivo? Hidalgo da la respuesta diciendo que presumía que el objeto era "el de hacerse de armas en los Estados Unidos o más bien el particular

⁶ Alamán, *op. cit.*, t. II, p. 83; Apéndice, p. 19.

de alzarse con los caudales que llevaban y dejar burlados a los que le seguían, pues desde Zacatecas advirtió en Allende que procuraba deshacerse de la gente, antes que engrosarla...”

Ya fuera uno u otro el motivo, o ambos a la vez, enterado el gobierno virreinal, dio órdenes al gobernador de Veracruz para que mandase recorrer todos los surgideros, calas y ensenadas para evitar que los jefes de la revolución se evadieran o recibieran por aquella costa auxilio de armas y municiones de los Estados Unidos.

Allende comisionó al licenciado don Ignacio Aldama para que le precediera en su marcha y le dio el nombramiento de embajador cerca del gobierno de Estados Unidos. Este nuevo diplomático tampoco llegó a su destino, pues fue apresado junto con su secretario, el padre Salazar, por la contrarrevolución de Zambrano en San Antonio de Béjar y fusilado en Monclova.⁷

Poco antes de estos sucesos y con la anuencia de Hidalgo salían José Bernardo Gutiérrez de Lara y José Menchaca para Washington, quedando este último en Natchitoches encargado de ver por la situación de los refugiados en esa región. Gutiérrez prosigue su marcha hacia Washington, animado por la buena acogida que le habían dispensado los oficiales norteamericanos de Natchitoches, desde donde escribe a Monroe el 27 de septiembre de 1811 solicitando su ayuda y apelando a la “generosidad de Su Excelencia y a la de un pueblo que ha sufrido el mismo infortunio que actualmente nos aflige”, esto, por supuesto, después de hacer las protestas de rigor contra el “yugo europeo”.⁸ En Washington es recibido cordialmente por los departamentos de Guerra y de Estado, gracias a la cortesía de John Graham, oficial mayor de este último.

Don Luis de Onís, en carta del 14 de febrero de 1812, dice a Venegas que Monroe recibió a Gutiérrez y

⁷ Alamán, *op. cit.*, t. II, p. 166, 206.

⁸ Manning, *op. cit.*, t. III, p. 1593.

le ofreció "que el gobierno de los Estados Unidos apoyaría con toda su fuerza la revolución de las provincias mexicanas, y que a este efecto la sostendrían, no solamente con armas y municiones, sino con veintisiete mil hombres de buena tropa", pero que los jefes de la revolución debían de tratar de establecer una buena Constitución, haciendo hincapié en este punto sobre la de Estados Unidos, y que entonces se admitirían en la Confederación Americana, formando así la más formidable potencia del mundo. "El coronel Bernardo —dice Onís—, que había escuchado con bastante serenidad al secretario de Estado, hasta su plan propuesto de agregación, se levantó furioso de su silla al oír semejante proposición, y salió del despacho de Mr. Monroe, muy enojado de la insultante insinuación".⁹

¿Gutiérrez que estaba a sueldo de Monroe —dice don Victoriano Salado Álvarez— encolerizarse contra su protector? ¿Gutiérrez escamándose de que los americanos quisieran tomar como límite el río Grande y queriendo evitar que se apropiaran a Tejas, cuando él fue el primero que cedió terrenos a los americanos en las provincias internas? ¿Gutiérrez pretendiendo mandar en jefe las tropas americanas que iban a enviar en auxilio de los independientes, como él lo asegura en su opúsculo publicado en Monterrey? Son cosas que exceden la humana credulidad.¹⁰

Monroe pagó los gastos para el regreso de Gutiérrez hasta Nueva Orleans y parece que se mantuvo en comunicación con él a través de Graham, quien lo recomendó con el gobernador Claiborne. Gutiérrez nunca fue un patriota, sino un filibustero, como lo demostró aliándose con José Álvarez de Toledo, a quien había conocido en Washington, y el coronel Augustus W.

⁹ Alamán, *op. cit.*, t. III, Apéndice, p. 45.

¹⁰ José Elguero, *España en los destinos de México*, p. 114.

Magee en sus expediciones contra Texas, en una de las cuales tuvo lugar la matanza de San Antonio de Béjar. Años más tarde, siendo gobernador de Tamaulipas, había de mostrar otra vez su falta de patriotismo al votar la pena de muerte contra el Libertador de México.

El 20 de febrero de 1811, el virrey escribía al ministro de Estado en Madrid comunicándole los informes del vicedéputado español en Nueva Orleans, Diego Morphy, acerca de una expedición que se preparaba en Baton Rouge contra Mobile y Pensacola, así como de que los Estados Unidos habían concedido cierta extensión de tierras a cada uno de los voluntarios y los gastos necesarios para su servicio.¹¹

También estaban atentos los Estados Unidos a la actitud, favorable o adversa, que los demás países de Europa tomaran acerca de la independencia de las colonias españolas y del papel de aquéllos en esta lucha. Jonathan Russell, encargado de negocios de la Legación americana en París, escribía a Monroe, el 2 de septiembre de 1811, diciéndole que según comunicación del duque de Bassano, el deseo de Napoleón era el de ver realizada la independencia de las posesiones españolas de América y que el único modo de poder efectuar tal cosa sería con la ayuda de los Estados Unidos; que M. Sorurier (ministro francés en Washington) daría los detalles de este propósito al gobierno americano. Decíale también que la política de Napoleón era la de adjudicar las Floridas a los Estados Unidos, por creerlas incapaces de mantenerse como naciones independientes. El 29 de septiembre, Joel Barlow, ministro en París, escribía sobre la posibilidad de que Napoleón permitiera extender el límite occidental de la Luisiana hasta el río Bravo, y el oriental hasta el Atlántico.¹²

El 19 de junio de 1812, enviaba Monroe al doctor John Hamilton Robinson con una misión especial ante

¹¹ Lillian Estelle Fisher, *The Background of the Revolution for Mexican Independence*, p. 373.

¹² Manning, *op. cit.*, t. II, p. 1371-1372.

Manuel Salcedo, gobernador de la provincia de Texas. Esa misión era tal vez la de evitar que los mexicanos ayudaran a Inglaterra en la guerra contra los Estados Unidos y posiblemente también para efectuar una alianza contra los países europeos, dice Callahan. Robinson no tuvo buen éxito en su misión, pues, irritado Salcedo por sus fogosos discursos, le indicó que regresara cuanto antes por donde había venido. En su camino de regreso todo fue alabar el espíritu de la revolución, y a cuanto revolucionario se le acercaba, le decía que el presidente de los Estados Unidos sentía viva simpatía por su causa. Poco después se encontró con Álvarez de Toledo y William Shaler y se dedicó con ellos a las expediciones de filibusteros.¹³ Sin duda alguna, la guerra con Inglaterra impidió que los Estados Unidos prestaran toda la atención que hubieran querido dar en su política para con las colonias españolas. Además, su situación en la intrincada política europea los hacía observar una actitud fría y ambigua en sus relaciones con los insurgentes.

Morelos, como los demás insurgentes, esperaba también alguna ayuda de la vecina república y, como ellos también, tenía la misma ignorancia en materia diplomática. Por enero de 1813 envió una división a Tabasco para proporcionarse puertos por donde pudiera recibir auxilios de los Estados Unidos, pues escribía en febrero del mismo año:

El anglo-americano me ha escrito a favor, pero me han interceptado los pliegos, y estoy al abrir comunicación con él y será puramente de comercio, a feria de grano y otros efectos por fusiles, pues no tenemos necesidad de obligar a la nación a pagar dependencias viejas ilegítimamente contraídas y a favor de nuestros enemigos. Ya no estamos en aquel estado de aflicción, como cuando comisioné para los Estados Unidos al inglés David [Faro]

¹³ Callahan, *op. cit.*, p. 9, 10.

con [Mariano] Tavares, en cuyo apuro les cedía la provincia de Tejas.

Por fortuna estos comisionados se encontraron en su camino con Ignacio Rayón, quien, desconociendo en Morelos facultades para tratar asuntos internacionales, los hizo volver a su punto de partida después de quitarles los grados que les había conferido éste.

Este sentimiento de Morelos, de acceder a cualquier pérdida de territorio a cambio de obtener algún socorro, se hizo general en el sentir de los insurgentes, a los que impulsaba a tal extremo el odio de partidos y, así, *El Correo del Sur* decía en abril de 1813:

Quando el generoso anglo-americano, amante y protector de la independencía no viniese a auxiliar de buena fe nuestros heroicos esfuerzos, sino que con desprecio de su Constitución fundamental, y atropellando otros derechos aún más inviolables, tuviese las miras tan péfidas como vanas de sojuzgarnos, celebraríamos sin embargo nuestra suerte, una vez que nos contásemos libres de la crueldad inaudita del despotismo español.

Por su lado, Rayón, también había tratado de entablar relaciones con los Estados Unidos desde comienzos del mismo año. Al efecto, había enviado a Francisco Antonio Peredo para que se pertrechase de armas en la vecina república. Esta misión había sido confiada con la anuencia de la junta gubernativa, pero al ser disuelta ésta, cuando las tropas realistas tomaron Sultepec, no se llevó a cabo. Después de este mal éxito de la misión, Rayón envió otra vez a Peredo, habiéndole otorgado el grado de coronel, para que tratara con los Estados Unidos y el emperador de Haití. Para tal fin lo proveyó del documento de rigor "para que pase ocultamente sin aparato ni ostentación alguna... a los Estados Unidos y cerca de aquel supremo Congreso, a exponerle el verdadero estado de nuestra gloriosa empresa y los sinceros deseos que tenemos de abrir relaciones de alianza

y comercio con recíprocas ventajas de ambas potencias". También estaba comisionado Peredo para que tratara con el arzobispo de Baltimore, suponiendo que era el legado del Papa para toda América del Norte, a fin de que remediase las necesidades espirituales de los pueblos que estaban sometidos a los insurgentes y, por lo mismo, sin comunicación alguna con los obispos. Salió Peredo con dirección a Zacatlán para embarcarse en Nautla o Tecolutla pero, habiendo ocupado Tecolutla y Papantla los realistas, tuvo que renunciar a su empresa y regresar a Zacatlán. Además de enviar a Peredo, dirigió Rayón una carta personal al "Excmo. Sr. presidente del supremo Congreso de los Estados Unidos de América en Washington", en la que expone el trillado tema de que "la naturaleza ha unido el continente de nuestra dichosa América, y parece consiguiente que esta misma unión sea trascendental a los hombres libres que habitamos en él".

Atinadamente hace notar Alamán el que los norteamericanos no hubieran tratado de abrirse camino para introducir armas por los puntos que ocupaban los insurgentes, pues como vimos líneas arriba, el mismo Morelos esperaba en enero de 1813 alguna ayuda de los Estados Unidos que viniera por la costa de Tabasco.¹⁴ Esta aparente contradicción con sus ideas en pro de la independencia provenía de que, demasiado astutos y bastante débiles todavía, los Estados Unidos no querían comprometerse a una franca ruptura con España, lo que equivaldría a enemistarse con la aliada de ésta, Inglaterra, y dar así al traste con la buena fortuna que había estado sonriendo a la adolescente república. Confirmando esto, Madison hará proclamas haciendo presión para que no se viole la neutralidad de los Estados Unidos, no excluyendo por esto a los insurgentes del comercio con los puertos de la Unión, pero haciendo que se ajuste estrictamente a los tratados y a la ley vigente del 5 de junio de 1794. Ya dijimos que esta aparente con-

¹⁴ Alamán, *op. cit.*, t. III, p. 341-343, 482, 506-509; Apéndice, p. 49-52.

tradicción tenía sus motivos, y el mismo John Quincy Adams decía que el mejor modo de ayudar a los insurgentes era no ayudarlos, pues si los Estados Unidos hacían causa común con ellos, lo más probable sería que Inglaterra se declarara contra ellos y los Estados Unidos.¹⁵ Esto no obstaba para que en abril de 1814 Jefferson escribiera a Onís y le dijera que, dejando aparte razones de justicia y por el interés mismo de España, su gobierno se debía de anticipar a reconocer la independencia de sus colonias, pues de otra manera la necesidad las obligaría a obtenerla por la fuerza.¹⁶

La fantástica visión que en el siglo xvi tuviera el franciscano fray Marcos de Niza, de la portentosa Quivira, se volvió a presentar en 1814 a un su hermano en religión, fray José Antonio Pedrosa, bajo la no menos fantástica especie de la llegada de un enviado de los Estados Unidos que venía a ofrecer la ayuda de ese país a la causa insurgente. En efecto, escribía en Nautla el 22 de junio a Rayón acerca de haber desembarcado en aquella barra el general Humbert, quien se decía enviado por los Estados Unidos y cuyos papeles aseguraba haber visto el propio padre Pedrosa, como siglos antes asegurara fray Marcos haber visto brillar al sol la plata en las paredes de las casas de Quivira. Decíale que Humbert venía con el propósito de tratar sobre los medios de ayudar a la independencia mexicana y que era seguido por varios barcos, cuyos nombres y los de sus capitanes daba en detalle.

La nueva Quivira se desvaneció bien pronto, no sin que antes se celebrara en Tiripitío, sede por aquel entonces del errático Congreso, con regocijos públicos la nueva de la llegada de Humbert, quien resultó no ser sino uno de los tantos piratas que infestaban el mar de las Antillas.

Partió Humbert para Nueva Orleáns acompañándolo Juan Pablo Anaya, con el objeto de abrir relacio-

¹⁵ Carlos Pereyra, *El mito de Monroe*, p. 128-129.

¹⁶ *The Jeffersonian Cyclopaedia, a Comprehensive Collection of the Views of Thomas Jefferson*, p. 826.

nes con los Estados Unidos. Los acompañaba también el padre Pedrosa, quien se presentó al vicecónsul español en Nueva Orleans, Diego Morphy, protestando su arrepentimiento y enterándolo de los proyectos de Anaya. Con el apoyo de los piratas y aventureros que abundaban en Nueva Orleans, y con la ayuda de Álvarez de Toledo, proyectó Anaya una expedición a las provincias internas, pero el presidente Madison prohibió, por una proclama, el proveerla de armas y municiones así como el alistarse en ella. A indicación de Álvarez de Toledo y por mediación de Rosains, el Congreso expidió a Anaya el nombramiento de ministro plenipotenciario, previniéndole, entre otras cosas, que pidiese al gobierno de Washington un préstamo por seis millones de pesos. Pero cuando dicho nombramiento iba en camino, retuvo Rosains al mensajero en Tehuacán, quedando Anaya con el carácter de agente privado. Cuando los veteranos de Wellington, a las órdenes de Sir Edward Pakenham, atacaron Nueva Orleans, contribuyó Anaya a la defensa de la plaza, lo que le valió la simpatía del general Andrew Jackson, quien le ofreció un auxilio que nunca llegó a dar.

Don Carlos María de Bustamante era otro de los que seguían enamorados de la magnanimidad del vecino. En una carta que con el carácter de "reservadísima" dirigía al virrey el 17 de agosto de 1814, trataba de convencerlo de que debería entrar en convenios con Rayón para salvar su persona, fundando su consejo en el triunfo seguro de los insurgentes por el auxilio con que contaban de los Estados Unidos.

La preocupación de la salud espiritual de los insurrectos era algo que pesaba duramente sobre los caudillos de éstos, como ya lo vimos en la misión dada por Rayón a Peredo para tratar con el arzobispo de Baltimore. Bustamante sintió también esa preocupación y en junio de 1814, siendo "ministro de relaciones extranjeras", preparó una exposición para el "nuncio católico de los Estados Unidos de América", pidiéndole, entre otras cosas, que el Congreso pudiera nombrar cuatro

vicarios generales castrenses, con independencia de los obispos en materia de autoridad; que pudiera crear nuevas universidades y colegios, suprimir o aumentar ciertas órdenes religiosas y que el Papa enviase de Nápoles y Sicilia el número necesario de jesuitas para el restablecimiento de la Compañía. El mismo don Carlos se ofreció a ir a solicitar estas gracias, al mismo tiempo que la ayuda de los Estados Unidos, pero el Congreso le dijo "que creía oportuno suspender por entonces su resolución hasta preparar las instrucciones que debían dársele, las que serían más acertadas oyendo antes al enviado norteamericano, puesto que había llegado, y enterándose de la naturaleza, objeto y extensión de sus poderes". Este famoso enviado no era otro sino el que la fantasía del padre Pedrosa había creado con la persona del pirata Humbert.

El 16 de julio de 1815, el Congreso decidió enviar otro comisionado que fuera a solicitar ayuda a los Estados Unidos, nombrando para el efecto a José Manuel Herrera como "ministro" y acompañándolo como secretario Cornelio Ortiz de Zárate. En este viaje llevaban con ellos a Juan Nepomuceno Almonte, hijo de Morelos y a quien éste mandaba para que estudiase en los Estados Unidos.¹⁷

Juan Pablo Anaya, José Manuel Herrera y Álvarez de Toledo, que se encontraban en Nueva Orleans, inician una activa propaganda en la parte sur de los Estados Unidos, reclutando tropas y aventureros, esperanzados a veces de contar con el apoyo oficial del gobierno, para después ver condenados sus esfuerzos por las proclamas del presidente. Anaya se decide a escribir a Madison, y lo hace el 18 de marzo de 1815, diciéndole en su carta del interés mutuo que existe entre los Estados Unidos y México, no separándolos "otra diferencia que la del idioma", conviniendo por lo tanto para ambos "una separación absoluta de Europa". Háblale también de "un monje que llevó por misericordia" y que lo traicio-

¹⁷ Alamán, *op. cit.*, t. IV, p. 100-105, 165, 181-183, 234.

nó, refiriéndose al padre Pedrosa, a quien vimos acudir a denunciar sus planes al vicecónsul español.

Morelos escribió también a Madison, desde Puruarán, el 14 de julio del mismo año, diciéndole de los buenos sentimientos de México para con los Estados Unidos y de la temible fuerza que resultaría al unirse amistosamente las riquezas materiales de aquél con el genio y la industria de éstos. En ella le habla del nombramiento de Herrera y de la esperanza de que procederá a efectuar con él todo género de tratados que "aseguren la felicidad de ambas Américas." Esta carta llegó a Washington junto con otra que escribió Herrera desde Nueva Orleans el 10. de marzo de 1816, por conducto de William D. Robinson.¹⁸

Este Robinson se presentó en Tehuacán por mayo y venía a proponer la venta de armas a los insurgentes, quedando arreglado el trato en cuatro mil fusiles, a veinte pesos cada uno, que se decidió entrarían por Coatzacoalco. Partió con Terán y con John Hamilton Robinson, quien había entrado al país con Anaya cuando éste regresó de Nueva Orleans, y se dirigieron a Coatzacoalco, pero fueron derrotados por los realistas. William Robinson fue hecho prisionero y conducido a San Juan de Ulúa, donde permaneció algún tiempo, para ser trasladado después a Cádiz, desde donde se escapó y regresó a los Estados Unidos.

Cuando John Hamilton Robinson vino a México por segunda vez, propuso al Congreso que se le diera la comisión de tomar Pensacola, en la Florida, y que después regresaría con una expedición de diez mil hombres. Engañado con esto y con la patraña de que ya tenía listos tres mil hombres cerca de Durango, el Congreso le autorizó lo que le pedía y le dio tres mil pesos para el viaje, que no se llegó a efectuar, pues ya vimos cómo se detuvo con el otro Robinson y hubo de regresar otra vez a los Estados Unidos.

Álvarez de Toledo era uno de los más activos agentes en Nueva Orleans. En octubre de 1815 logró llevar

¹⁸ Manning, *op. cit.*, t. III, p. 1594-1599.

a Victoria, que se encontraba en Boquilla de Piedras, cuatro cañones y bastantes rifles. En mayo había escrito a Morelos, diciéndole haber recibido carta del gobernador de la Luisiana en la que le informaba de una posible ayuda por parte de los Estados Unidos, para recibir la cual sería bueno tener algún punto cercano a la costa. Lo que fue una de las causas que originaron el traslado del Congreso a Tehuacán. Hacía hincapié sobre la necesidad de que se enviase un plenipotenciario nombrado por México, no obstante que él estaba autorizado para tratar con los Estados Unidos, por todos los diputados americanos de las Cortes de Cádiz. Entonces el Congreso mandó otra vez a Herrera, juntamente con Peredo, y le dio un capital de quince mil pesos con el encargo de formar una marina para el corso y el comercio. Herrera nombró a Luis Aury como *comodoro de la Marina mexicana*. Con el mismo propósito se envió al norteamericano Elías con seis mil pesos para armar un corsario y mil para el viaje. El Congreso decidió nombrar a Álvarez de Toledo mariscal de campo. Álvarez, como tantos otros de los personajes que figuran en estos sucesos, no era sino un aventurero y poco después se presentó a Onís, revelándole los planes que conocía de los insurgentes, lo que le valió el perdón y más tarde el nombramiento de embajador de España en Nápoles. Herrera regresó a México en noviembre de 1816, desembarcando con varios aventureros en Boquilla de Piedras y después pasó a Tehuacán donde dio a los insurgentes grandes esperanzas, diciendo que en breve llegaría mucho armamento y una escuadrilla que dominaría el Golfo de México; que Victoria debería extenderse hasta Tecolutla, tomando Nautla, y entregar estos puntos a los angloamericanos para que los custodiasen por mar y protegiesen el comercio, auxiliándolos Victoria por tierra con su fuerza. Después se presentó a obtener su indulto y fue destinado al Colegio Carolino como catedrático de filosofía.¹⁹

¹⁹ Alamán, *op. cit.*, t. iv, p. 364, 394-396, 429-439, 491-492.

Después de la caída de Napoleón, los Estados Unidos reconocieron a Onís como ministro de España, pues, aunque se encontraba ahí desde 1809 representando a la Junta, no se le había reconocido su carácter oficial y los Estados Unidos hubieran preferido que España hubiera enviado a otra persona, por ser Onís, según juicio de Adams, "frío, calculador, siempre en perfecto dominio sobre sí mismo, orgulloso como un español, pero dúctil y astuto; acomodaba siempre el tono de sus pretensiones al grado de resistencia de su opositor. Intrépido, laborioso, vigilante, muy atento al cumplimiento de sus deberes y, además, un hombre de mundo y conecedor de los negocios".²⁰ Con estas cualidades se comprende el desagrado del gobierno americano en recibirlo como ministro. No bien fue reconocido como tal, se apresuró a escribir a Monroe, el 30 de diciembre de 1815, quejándose de las actividades de Álvarez de Toledo, Anaya, Herrera, Robinson y Humbert quienes, dice, continúan con impunidad y ante el conocimiento del público la tarea de levantar y armar tropas; que la Luisiana ha sido testigo de esos preparativos, así como de los "enganches públicos", el transporte de armas y la unión de varios individuos con los insurgentes. En efecto, dice Alamán que los insurgentes eran dueños de toda la costa de las cercanías de Boquilla de Piedras y que por ella se estableció un tráfico muy activo con Nueva Orleans, introduciéndose algunos efectos que llegaron hasta Tehuacán.²¹

Tres días después de escribir la carta arriba mencionada, dirige Onís otra del mismo tenor a Monroe, diciéndole de una expedición preparada por Álvarez de Toledo y que fue demorada para esperar a mil hombres de Kentucky y trescientos de Tennessee, a las órdenes de dos ciudadanos norteamericanos y que deberían unirse a los insurgentes en el término de veinticuatro

²⁰ Francisco José Urrutia, *Los Estados Unidos de América y las repúblicas hispano-americanas de 1810 a 1830, páginas de historia diplomática*, p. 269.

²¹ Alamán, *op. cit.*, t. iv, p. 374.

días. Monroe le contestó diciendo que únicamente se quejaba de rumores y que no presentaba datos exactos que pudieran comprobar el contenido de sus protestas. A esto respondió Onís mandándole copias de cartas interceptadas a Toledo en las que, dice, se ve que éste armó en Nueva Orleans tres navíos; que los Estados Unidos sólo esperaban la llegada del "ministro" de los insurgentes para reconocer la independencia de México; que la expedición de que hablaba en su carta no se había efectuado por la imposibilidad de que los hombres que venían de Kentucky y Tennessee llegaran a tiempo; que Toledo estaba para unirse con el ingeniero Lafond, el comandante Savary y un tal Soubenet y, por fin, que John Hamilton Robinson se dedicaba *activamente a la propaganda para alistar hombres, por medio de proclamas firmadas por su propia mano y en las que se especificaban los lugares en que podrían inscribirse, así como la paga que se daría a cada uno de los que se alistarán.*²²

Ante estas protestas de Onís, Monroe requirió una información de John Dick, procurador del distrito de Luisiana, quien le informó que la situación en dicho punto era la siguiente: que ningunas tropas habían sido reclutadas en parte alguna de la Luisiana; que algunas armas habían sido transportadas a México, pero únicamente como objeto de comercio; que a los pocos individuos que se encontraron con armas se les confiscaron; que se había rumorado que a mediados de 1815 se estaba formando una expedición bajo el mando de un tal Perry, pero que fue frustrada por las autoridades y que en cambio varios individuos fueron presentados a la Corte de los Estados Unidos en el distrito de Luisiana, por infringir la neutralidad del gobierno norteamericano, ayudando a México, y que ellos fueron los siguientes: José Álvarez de Toledo, Romain Very, Peire Saemeson, Bernard Boundin, John Hamilton Robinson, Vincent Gambie y J. C. Amazoni.

²² Manning, *op. cit.*, t. III, p. 1895-1904.

En una carta escrita en Natchitoches el 4 de febrero de 1817 a "un caballero" de la ciudad de Washington, cuyo nombre así como el del remitente calla el editor, se dice que los insurgentes tenían cuatrocientos hombres mandados por el coronel Perry, doce o quince navíos a las órdenes de Aury; que el coronel Young, del 29 regimiento, juntamente con el capitán Brush y un tal Stewart, se había unido con Mina, y que Gutiérrez de Lara sigue en sus intentos de armar expediciones, pidiendo constantemente dinero a Aury.²³

Luis Aury había formado una escuadrilla, con una base en Galveston, para dedicarse al corso y, además del temor que inspiraba el famoso Lafitte, el comercio en el Golfo se veía constantemente amenazado por él. Los piratas de Aury no respetaban nada y navegaban lo mismo bajo la bandera insurgente que bajo la bandera americana, para no inspirar sospechas. El *Reina de los Ángeles*, procedente de Campeche, fue apresado por el *Júpiter* a la entrada de Nueva Orleans, y este mismo corsario capturó más tarde a dos navíos españoles en la barra del Misisipí, y a la vista de varios navíos americanos. El *Patriota Mexicano*, a las órdenes de José Guillermo Estéfanos, con tripulación y bandera norteamericanas, abordó al *Santa María*, que iba de La Habana a Cádiz, y después de capturarlo se izó la bandera de los insurgentes.

El 2 de septiembre de 1817, Onís dice que, según informes del virrey de Nueva España, con frecuencia ocurre que navíos norteamericanos, mercantes o de guerra, entran en las bahías, radas y puertos mexicanos, a veces con el propósito de explorar el país y ver el estado de cosas ahí, y otras con el de ayudar a los revolucionarios con provisiones y armas o para llevar aventureros y, como ejemplo de esto, dice que la goleta norteamericana *Saeta*, matriculada en Nueva Orleans, había fondeado en Tampico con el pretexto del mal tiempo.²⁴

²³ *State Papers and Public Documents of the United States*, t. xi, p. 303, 346.

²⁴ *Manning, op. cit.*, t. III, p. 1915-1950.

Los corsarios mexicanos hacían frecuentes viajes a las costas de Nueva España con el fin de llevar esclavos de ahí a los Estados Unidos y, según Beverly Chew, administrador de aduanas en Nueva Orleáns, llegaron a Galveston para después ser introducidos clandestinamente en los Estados Unidos alrededor de seiscientos cincuenta esclavos, procedentes de Matagorda y Soto la Marina. La mayoría de estos corsarios era propiedad de norteamericanos residentes en Nueva Orleáns, algunos de ellos eran el *Belona*, *Calibra*, *Diana*, *Esperanza*, *Mosquito*, *Victory* y el *Congreso Mexicano*.

Muchos comerciantes de Nueva Orleáns y algunos marinos norteamericanos elevaron sus protestas contra estos actos de piratería de que eran víctimas sus intereses o sus barcos por parte de corsarios armados bajo la bandera insurgente y con tripulación norteamericana, en la mayoría de los casos. Estos comerciantes tenían negocios principalmente con Campeche y Veracruz e informaban que, en algunos casos, los corsarios se concretaban a detener a cuanto navío avistaban para despojarlo únicamente del cargamento español y ponerlo luego en libertad, respetando vidas y propiedades norteamericanas, pero que en la mayor parte de los casos no hacían excepción en sus rapiñas y que barco que apresaban era barco que despojaban.

En septiembre de 1817, abandona Aury Galveston y, después de pasar con alguna tropa a Matagorda, traslada su base de operaciones a la isla Amelia, en la costa oriental de la Florida, de la que había sido echado por los norteamericanos sir Gregor McGregor, que estaba al servicio de Venezuela. Los habitantes de Amelia formaban una población de las más heterogéneas, pues se componía de norteamericanos, franceses, irlandeses, escoceses, ingleses, alemanes y holandeses, reunidos con el pretexto de ayudar a los insurrectos hispanoamericanos, pero realmente para hacer presa en quien podían.

Los Estados Unidos se decidieron a desalojar a los nuevos ocupantes de la isla, y el 22 de diciembre de 1817 el mayor Bankhead escribe a Aury pidiéndole

que la abandone pacíficamente. Aury protestó diciendo que le causaba extrañeza dicha orden, contraria a los sentimientos de libertad de los Estados Unidos y que además éstos no tenían jurisdicción alguna sobre el territorio de Amelia, pero al día siguiente escribió diciendo que aceptaba evacuar la isla con todas sus tropas y someterse a lo que dijera el gobierno norteamericano, quien tomó posesión de la isla so color de que servía de base para la introducción de esclavos a los Estados Unidos. Por supuesto que Onís protestó contra la ocupación de Amelia y contra las órdenes para proceder de igual manera en Galveston, por estar ambos lugares fuera de la jurisdicción territorial de los Estados Unidos, pero Amelia siguió en posesión de dicho gobierno.²⁵

Estos actos de piratería no estaban de acuerdo con la política del gobierno norteamericano, quien se apresuró a comunicar a los gobiernos de los insurrectos su desaprobación, en el caso de que ellos sancionaran o permitieran a tales aventureros el hacer uso de sus respectivas banderas para efectuar sus depredaciones.²⁶

Hacia esta época, y contrastando con la política oficial de su gobierno, varios norteamericanos hacen patentes sus deseos de que se tome una parte activa en la contienda. El general Scott —quien más tarde dirigirá la expedición contra México— proponía, con algunos de los miembros del Congreso, que se declarara a España la guerra inmediatamente, aliándose con los insurrectos. Jefferson, con más astucia y cordura, decía a Monroe en febrero de 1816 que, no obstante que sus simpatías estaban con los insurgentes, no había llegado aún el tiempo de unirse francamente con ellos y que habría que esperar a que la guerra —que él creía muy posible— se declarara entre España y los Estados Unidos. Al mismo tiempo manifestaba su temor de que los

²⁵ *State Papers...*, t. xi, p. 352-354, 364-385, 395, 411.

²⁶ Manning, *op. cit.*, t. i, p. 47-49.

hispanoamericanos les arrebataran la supremacía política del Nuevo Mundo, pues decía: "... ya se habrán organizado, quizá, en una o más confederaciones; más de una, espero, pues reunidos en una sola serían un vecino formidable".²⁷

Aparece ahora una figura que se destaca entre la de tanto aventurero atento a cambiar de partido tan pronto como vientos contrarios soplasen sobre su fortuna: don Francisco Javier Mina, carácter fuerte que se agiganta en este cuadro de claudicaciones, arranques de patriotismo y arrepentimientos. No obstante que su breve aventura es una de las más brillantes, sólo nos concretaremos a tocarla en lo que de alguna manera se relacione con nuestro tema.

Pensando Mina pasar a América, a ayudar la causa insurgente, el general Winfield Scott, que se encontraba en Europa, le sugiere que se dirija primero a los Estados Unidos donde es seguro que obtendrá apoyo por la muchas simpatías que ahí había hacia la causa de la independencia. Desembarca en Norfolk, el 30 de junio de 1816, donde cuatro españoles que habían tenido dificultades con él durante la travesía, se presentan a delatarlo a Onís, quien inmediatamente pidió al gobierno norteamericano se impidiera a Mina hacer sus preparativos. El gobierno de Washington se contentó con dejarlo obrar libremente diciendo no ser suficientes los datos en que su reclamación se fundaba. Después se trasladó a Baltimore, donde entró en relaciones con John E. Howard y los hermanos Dennis y Alexander Smith, comerciantes ambos, que reunieron entre sus colegas una fuerte suma para ayudar a la expedición de Mina. Por esta época se presentó Álvarez de Toledo, descorazonando con sus noticias sobre el estado de la revolución a los comerciantes, muchos de los cuales retiraron su ayuda. Trató Mina de comunicarse antes con el gobierno de la revolución y el general Victoria, misión para

²⁷ *The Jeffersonian Cyclopaedia*, p. 825.

la cual mandó a Boquilla de Piedras a un tal Laborde en una goleta norteamericana.

En Baltimore, los cónsules de España e Inglaterra trataron activamente de frustrar sus planes, principalmente este último, pero sin resultado alguno. De Baltimore hizo Mina un viaje a Filadelfia y Nueva York, donde consiguió que se le unieran varios oficiales y soldados del ejército norteamericano, que —a diferencia de los aventureros de anteriores expediciones— eran gente escogida. Entre ellos estaban el coronel Guilford Young, teniente coronel del 29 regimiento de infantería de la Unión, el coronel John Davis Bradburn, de Virginia, el mayor Stirling y otros más. Entre las tropas que reclutó había un cuerpo de dragones de los Estados Unidos y muchos infantes norteamericanos.²⁸

Después de pasar por Haití se dirigió a Galveston, donde fue bien recibido por Aury, y procedió a organizar a sus hombres, que ascendían a un total de trescientos ocho. Formó con treinta y un oficiales extranjeros, norteamericanos en su mayoría, una compañía que llamó "Guardia de honor del Congreso mexicano" y que puso bajo el mando del coronel Young. Varios comerciantes de Nueva Orleans ofrecieron darle armas y dinero para una expedición contra Pensacola, capital de la Florida, y, con el fin de cerciorarse de las ventajas que esto pudiera ofrecer se embarcó para Nueva Orleans. Pero al ver que se trataba únicamente de hacer otra base para las piraterías contra el comercio español rehusó a ella, diciendo "que él no hacía la guerra a los españoles, sino a la tiranía". En Nueva Orleans compró dos buques y trató de comunicarse con Herrera, creyéndolo todavía ahí, pero únicamente encontró al secretario de éste, Cornelio Ortiz de Zárate, quien había permanecido en los Estados Unidos. Regresó a Galveston el 16 de marzo de 1817 y se le unieron algunos aventureros, entre ellos el coronel Perry, que había estado

²⁸ William D. Robinson, *Memoirs of the Mexican Revolution, Including a Narrative of the Expedition of General Xavier Mina*, t. II, p. 28, 95-99.

militando con Aury y había tenido algunas dificultades con él.

Mina se dirigió a México en siete navíos, desembarcando en Soto la Marina el 15 de abril, empezando desde entonces su heroica hazaña, en la que desplegó todo su valor y cualidades. Pero, ciñéndonos a nuestro tema, sólo veremos lo que se relacione con los norteamericanos que lo acompañaban. Perry lo abandona, junto con cincuenta y un soldados, el mayor Gordon con sus oficiales y uno de los de la Guardia de honor. Pero atacado por el teniente realista Francisco de la Hoz, cerca de Matagorda, fueron derrotados y Perry se suicidó. En su lugar se designó al mayor Stirling, quien tomó el mando del regimiento de la Unión, formado por cincuenta y seis norteamericanos. El coronel Young se distinguió en la batalla de San Juan de los Llanos y murió en la batalla del fuerte del Sombrero, siendo sustituido por Bradburn, quien fue el brazo derecho de Mina en el ataque a León.

Como dato curioso, nos dice Potter en su obra *Mina and his Three Hundred* que, después de la batalla de Peotillos, algunos de los soldados norteamericanos encontraron un cuero de mezcal y pescaron tal borrachera que, al día siguiente, no pudieron seguir al regimiento y fueron atrapados por los realistas.

Al ser apresado Mina en el rancho del Venadito, sus fuerzas se dispersaron. Pero algunos de los norteamericanos permanecieron en México y siguieron combatiendo, como los capitanes Christie y Devers, el mayor G. Wolf y el coronel Bradburn, quien se mantuvo al norte de Valladolid tratando de organizar cuerpos de caballería e infantería, pero los jefes insurgentes de esa región no le prestaron ninguna ayuda y, en marzo de 1819, fue destrozado por los realistas. Marchó hacia el Sur, donde fue bien recibido por Guerrero, combatiendo a su lado.²⁹

²⁹ Alamán, op. cit., t. IV, p. 547-638; Julio Zárate, "La guerra de independencia", en *México a través de los siglos*, t. 3, p. 557-594.

En marzo de 1818 recibió Monroe una carta de un tal José Codina, escrita en Filadelfia, en la que le proponía la ocupación de las Floridas, que estaban destinadas por su posición a formar parte de la Unión, y un plan para independizar a la América Española, poniéndola bajo la protección de los Estados Unidos. Decía que, con la cooperación de los insurgentes de México, se debería de efectuar la ocupación militar de las ciudades de México, Veracruz y otras más hasta el istmo de Panamá, "punto que a los ojos de todo hombre sensato era el destinado por Dios y la naturaleza para ser el límite de los Estados Unidos". Entre otras tonterías más le decía que la ocupación de México se imponía para asegurar una frontera tranquila y como medida política para *descorazonar a los realistas de Cuba y Puerto Rico*.

El 22 de febrero de 1819 se firmó entre España y los Estados Unidos un tratado por el que aquella entregaba la Florida al gobierno norteamericano y renunciaba a las reclamaciones por las violaciones de la neutralidad en las guerras de independencia de sus colonias de América. Los Estados Unidos renunciaban a Texas, que no les pertenecía pero que querían obtener, y también a todas sus reclamaciones. Este tratado puso fin a una de las preocupaciones de los Estados Unidos que más influyeron en su política para con los insurgentes y fijó la frontera que México heredó con su independencia y que había de traerle tantos males. Viendo que España no daba paso para ratificar el tratado, Jefferson —que seguía pensando en que los Estados Unidos deberían extenderse más allá del río Sabinas— decía a *Monroe en mayo de 1820* que en caso de que no se ratificara dicho tratado, los Estados Unidos se extenderían en territorio de México. Y Monroe —que ya veía la independencia de México como un hecho consumado— le decía que el gobierno *norteamericano podría* arreglar con México una nueva frontera, de manera a incluir en el de los Estados Unidos todo el territorio que fuera posible.

James Long, cirujano del Ejército norteamericano, protestó contra el límite en el río Sabinas y organizó en junio de 1819 una expedición de filibusteros contra Texas, donde trató de crear una república independiente, formando al efecto un Congreso de veintiún miembros en Nátchez. Entre los miembros de la expedición se encontraba Bernardo Gutiérrez, y ésta fue deshecha por los realistas. Siguió Long en expediciones de filibusteros, una vez consumada la independencia, pero fue capturado y fusilado en la ciudad de México en 1821.³⁰

James Smith Wilcocks, que será designado posteriormente como primer cónsul de los Estados Unidos en México, había viajado extensamente por todo el país e informaba pormenorizadamente a Quincy Adams, el 25 de octubre de 1821, de los sucesos ocurridos en México y del sentimiento de los mexicanos a favor del gobierno y pueblo de los Estados Unidos.

Una vez consumada la independencia, José Manuel Herrera, que había abandonado sus clases del Colegio Carolino, fue designado como ministro de Relaciones Exteriores y se apresuró a notificar a Adams, el 30 de noviembre, que el pueblo de México deseaba estar en cordiales relaciones con los demás gobiernos y que, desde luego, los Estados Unidos tenían un lugar preferente en tal deseo. Esta carta llegó a manos de Adams por conducto de Wilcocks.³¹

Adams contestó a Herrera el 30 de abril del año siguiente, diciéndole que el presidente nombraría un ministro que representara a los Estados Unidos ante el gobierno de México. Pero dicho nombramiento se demoró hasta el 8 de marzo de 1824, en que se confirió al funesto Joel R. Poinsett, después de haber pensado en otros candidatos. El primer ministro de México en Washington fue don Manuel Zozaya, nombrado el 24 de septiembre de 1822 y recibido por el gobierno norteamericano el 12 de diciembre del mismo año.³²

³⁰ Callahan, *op. cit.*, p. 15-19.

³¹ Manning, *op. cit.*, t. III, p. 1599-1615.

³² Manning, *Early Diplomatic Relations Between the United States and Mexico*, p. 1-12, 34.

Ya tenemos formalizadas las relaciones entre ambos países, relaciones que se van a ver muy enturbiadas a menudo por el desarrollo de los gérmenes imperialistas en nuestros vecinos, ya esbozados desde esta época, y frente al cual sólo opondremos nuestras rencillas familiares y de cuando en cuando la actitud honrada y viril de algunos de nuestros hombres. Pero estas desventuras no impiden que, para terminar, pensemos con Riva Palacio: "ni rencores por el pasado, ni temores por el porvenir." Pues, en el porvenir, y ante la potencia colosal de esa gran república, "está la fuerza de instinto y de lógica racional —dice Pereyra— que opongán los pueblos iberoamericanos y que es el secreto de Dios".

México, DF, 24 de enero de 1936

Bibliografía

- ALAMÁN, Lucas, *Historia de Méjico (1849-1852)*, México, 5 vol., 1849.
- American State Papers, Foreign Relations*. Washington, 1832, 4 vol.*
- CALLAHAN, James Morton, *American Foreign Policy in Mexican Relations*. New York, 1932.
- ELGUERO, José, *España en los destinos de México*. México, 1929.
- FABELA, Isidro, *Los precursores de la diplomacia mexicana*. México, 1926.
- FISHER, Lillian Estelle, *The Background of the Revolution for Mexican Independence*. Boston, 1934.
- The Jeffersonian Cyclopedia, a Comprehensive Collection of the Views of Thomas Jefferson*. Edited by John P. Foley. New York-London, 1900.
- MANNING, William R., selected and arranged by. *Diplomatic Correspondence of the United States Concerning the Independence of the Latin American Nations*. New York, 1925, 3 vol.
- _____, *Early Diplomatic Relations Between the United States and Mexico*. Baltimore, 1916.
- PEREYRA, Carlos, *Historia de la América Española*. Madrid, 1924, 8 vol.
- _____, *El mito de Monroe*. Madrid, 1931.
- POTTER, Reuben M., *Mina and his Three Hundred*. [s.p.i.]
- ROBINSON, William D., *Memoirs of the Mexican Revolution Including a Narrative of the Expedition of General Xavier Mina*. London, 1821, 2 vol.
- State Papers and Public Documents of the United States*. Third edition. Boston, 1819, 14 vol.*
- URRUTIA, Francisco José, *Los Estados Unidos de América y las repúblicas hispanoamericanas de 1810 a 1830, páginas de historia diplomática*. Madrid, 1918.
- ZÁRATE, Julio, "La guerra de independencia", en *México a través de los siglos*, t. 3., Barcelona, [1887-1889].

* Aunque casi todos los documentos que aparecen en estas dos obras se encuentran reproducidos en la recopilación del doctor Manning, hay sin embargo uno que otro que sólo aparece en una o en otra de dichas obras y por eso citamos las dos.

